

Ignacio Sotelo

## El pasado insuperable de Alemania

Sesenta años después de terminada la Segunda Guerra Mundial y tras diez de agrias polémicas, el 10 de mayo de 2005, se ha inaugurado a pocos metros de la Puerta de Brandemburgo, en el mismo corazón de Berlín, un monumento que ha de mantener la memoria del Holocausto. Alemania sigue confrontada con un pasado que permanece siempre presente. ¿Cómo se explica, sesenta años después, la actualidad del pasado nazi? ¿Acaso la llamada «superación del pasado» (*Vergangenheitsbewältigung*) ha supuesto un inmenso fracaso? Lo primero en que cabría pensar es que no se han hecho bien las cosas, pero pronto se cae en la cuenta de que probablemente no cupiese otro resultado, no sólo porque, en principio, ningún pasado puede ser «superado» —pesa siempre sobre el presente, modelando de alguna manera el futuro—, sino porque hay acontecimientos, como los crímenes nazis contra la humanidad, que por su propia índole nunca podrán superarse. «Superar el pasado», una expresión ya decaída, pese a que haya prevalecido durante decenios en Alemania, sería ciertamente una pretensión inalcanzable.

Las dos explicaciones, que no se hayan hecho bien las cosas o que el objetivo sea inaccesible, puede que tengan parte de verdad. No cabe decir que la «superación del pasado» en los últimos sesenta años haya sido un rosario de aciertos. Aunque a primera vista parezca imponerse la idea de que existen pasados por sí mismos insuperables, y de esta categoría sería el Holocausto, no son pocos los que cuestionan que los crímenes nazis contra la humanidad se definan como únicos, es decir, sin precedentes constatables ni la posibilidad de que vuelvan a ocurrir. Una mirada retrospectiva ratifica, en efecto, que en la historia nada se repite. El historicismo decimonónico ya subrayó la singularidad (*Einmaligkeit*) de lo histórico, pero sacando la conclusión, hartamente discutible, de que el método comparativo no podría aplicarse a la historia, tal como luego, al ir descubriendo estructuras semejantes en situaciones distintas,

sí se ha hecho en el siglo xx. Fijar un determinado evento como único e irrepetible supone sacarlo del fluir de la historia, que es siempre continuidad y cambio, para de alguna forma sacralizarlo. No cabe la menor duda de que para manejar el presente se puede aprender, y mucho, de la historia: *historia magistra vitae*.

La primera hipótesis reza que habrían sido un fracaso estos sesenta años de pretendida «superación del pasado», en último término, por no haber sabido enfrentarse a lo ocurrido con coraje y verdad. Tratando de salvar a las profesiones y los sectores sociales más implicados, se habría exagerado mucho en algunos puntos y ocultado otros esenciales. La historia de la «superación del pasado» sería así la de las distintas manipulaciones llevadas a cabo según la coyuntura. En apretada síntesis intentaré resumir la actitud de los que vivieron el nazismo y la guerra, la de los hijos que en 1967-1968 se rebelaron contra el silencio hipócrita de la generación anterior y la de los nietos que en 1989-1990 asistieron a la reunificación de los dos Estados alemanes, y con ello a la desaparición del vestigio más visible y doloroso del pasado nazi.

### La generación que perdió la guerra

El 8 de mayo de 1945, tras capitular sin condiciones, la población alemana se movía entre los escombros de las ciudades sin poder hacerse a la idea de que yacieran sepultados todos los ideales en los que habían creído firmemente sobre la gran Alemania y, muertos o desaparecidos, los héroes del régimen. Hitler, que tantas veces había proclamado que no se repetiría el armisticio bochornoso de noviembre de 1918, había conseguido su empeño; esta vez nada de una negociación a tiempo que salvase al país de su total destrucción, sino una rendición incondicional en una Alemania destruida por completo. Los alemanes tuvieron la impresión de vivir un enorme terremoto que en pocos minutos arrumbara con todo. En vez de hablar de «derrota» (*Niederlage*), se recurría a expresiones como «catástrofe»<sup>1</sup>, «desplome» (*Zusammenbruch*), «hundimiento» (*Untergang*)<sup>2</sup>. O bien se hablaba de «la hora cero» (*die Stunde Null*), como si en la historia pudiese comenzarse alguna vez de la nada.

<sup>1</sup> Friedrich Meinecke (1946) reflexiona sobre la historia más reciente en un libro que titula *La catástrofe alemana*.

<sup>2</sup> Todavía una película alemana reciente sobre las últimas semanas del *Führer* lleva este título.

Obsérvese que son expresiones que más bien parecen apropiadas para describir un desastre natural. En efecto, los términos que se emplearon durante mucho tiempo aluden a un cataclismo de incalculables dimensiones y no a un acontecimiento histórico-social como es una guerra perdida. Así como nadie busca a los responsables de un terremoto, sino que todos se compadecen mutuamente, los alemanes se sintieron no los responsables, sino las víctimas de lo ocurrido.

De la noche a la mañana, un pueblo fanatizado que en palabras y obras no había ocultado su entusiasmo por el nacionalsocialismo se levanta neutral y distante: nadie habría tenido nada que ver con el régimen caído, en fin de cuentas, obra exclusiva de un demonio. Hitler sería el único culpable de la destrucción de Alemania en una guerra impuesta por una gran coalición que trató de impedir que Alemania encontrase el lugar que le corresponde en el mundo. La bibliografía alemana sobre Hitler aparecida inmediatamente después de la guerra lo convierte en un monstruo o un loco que los alemanes habrían sufrido sin poder hacer nada en contra, o sea, también un fenómeno extrahistórico caído del cielo, o en este caso más bien salido del infierno.

Importa recalcar dos datos, el primero, que hasta la mitad de los cincuenta, los alemanes que pasaron del yugo de la dictadura nazi al arbitrio de los vencedores no se consideraron responsables de nada, teniéndose, en cambio, por las mayores víctimas del nazismo. Todos los informes de los ocupantes muestran su extrañeza al comprobar que nadie habría tenido nada que ver con el régimen caído. El poeta británico Stephen Spender, que viajó por la Alemania destruida entre mayo y octubre de 1945, se asombra de la repentina desaparición de los nazis, aunque, claro, tampoco se pondrían fácilmente en contacto con un oficial inglés (Spender, 1946). Dominaba la impresión de que Hitler hubiera gobernado con la oposición pasiva de todo el pueblo.

Aún más llamativo es que, desplomada una dictadura tan brutal, en los pueblos y pequeñas ciudades no se produjese ninguna agresión contra los jerarcas nazis, pese al comprensible temor que éstos tenían de que el pueblo se vengase. En Francia, se persiguió a los colaboradores y varios miles fueron asesinados; lo mismo sucedió, en menor medida, en Italia, donde la resistencia garantizaba una alternativa al régimen fascista. En Alemania, funcionó la solidaridad nacional —a la hora de la derrota, todos alemanes— y nadie pensó, no ya en perseguir o

denunciar a los nazis más implicados. Ni siquiera fueron discriminados socialmente.

No era fácil sobrevivir en una Alemania destruida por completo; vencer los muchos obstáculos que impedían rehacer la vida se convirtió en la única tarea. Situación tan agobiante ofrecía la ventaja de que no dejaba hueco para preguntarse por la culpabilidad personal o colectiva. En un ambiente de ansiedad y penuria sumas no lograba penetrar en la conciencia de la gente la cuestión más terrible, la exterminación de millones de personas. La mayoría prefirió refugiarse en la fantasía de que el alemán es un pueblo decente que no podía haber cometido tamaños crímenes. Una acusación tan tremebunda tenía que ser producto de la propaganda de los vencedores para destruir hasta el último rastro de dignidad que pudieran conservar los vencidos. El Holocausto —aún no había aparecido la palabra— va a tardar tiempo en ser admitido. La generación que hizo la guerra nunca lo asumió, escudándose en su ignorancia. Ni siquiera los mandatarios en la cúspide del régimen admitieron haber sabido algo del destino de los millones deportados<sup>3</sup>. Ciertamente que la detención, masiva a partir de 1942, de la población judía se hizo ocultando a detenidos y vecinos el fin que le esperaba. No cabe la menor duda de que las informaciones habían sido escasas, pero asombra que nadie hubiera podido imaginar qué ocurría con los judíos deportados.

Terminada la guerra, cuando excepcionalmente una persona se veía obligada a romper el silencio, hablaba únicamente de los padecimientos sufridos: los bombardeos de las ciudades, la expulsión violenta de sus territorios, los avatares de la búsqueda de los familiares. A la generación que vivió el nazismo e hizo la guerra la podríamos llamar la del silencio<sup>4</sup>: cuando no podían evitar decir algo, era tan sólo para dejar constancia de que nada supieron de los crímenes horrendos contra la humanidad y, si obligados por las circunstancias colaboraron con el régimen, habría sido siempre desde una oposición interna. La empresa Topf & Söhne, de Erfurt, no sólo construyó los hornos de los crematorios para Auschwitz, sino que los instaló y se ocupó de su mantenimiento, sin que al pare-

<sup>3</sup> Desde el ministro de Armamento Albert Speer, según confesión propia, hasta el secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores Ernst von Weizsäcker, según testimonio de su hijo, ambos condenados a penas de prisión por el Tribunal de Nuremberg, nada habrían sabido del exterminio de millones de personas.

<sup>4</sup> Sobre el silencio de la generación de la guerra, desde la perspectiva de los hijos, son del mayor interés los testimonios que recoge Gabriele von Armin (1989).

cer ninguno de los ingenieros ni de los obreros que participaron en el montaje se preguntasen cuál sería su uso. Poco se sabía, pero sobre todo nada se quería saber. En mayo de 1945, el dueño de la fábrica, Ludwig Topf, de 41 años, en la carta que deja antes de suicidarse<sup>5</sup> no se siente culpable ni asume responsabilidad alguna por haber proporcionado los hornos crematorios a Auschwitz. Decide quitarse la vida únicamente para no ser víctima de las injusticias que sufrirán los alemanes tras la derrota.

En la posguerra, los alemanes permanecieron unidos en la obra titánica de reconstruir el país, eso sí, sin preguntar a nadie por su pasado político. Nadie señaló con el dedo a maestros, profesores de secundaria y de universidad, jueces, empresarios con un pasado nazi. Ni un solo juez fue acusado de haber participado en alguno de los tribunales que dictaron 32.000 penas de muerte. Habrían obrado correctamente según la legislación vigente. ¿Adónde iríamos a parar si los jueces fuesen también responsables de las leyes que aplican? La tarea que urgía era levantar el aparato del Estado, o mejor dicho, de los dos Estados, cada uno en un bando de la «guerra fría». Éste es el factor principal que explica que las potencias vencedoras llevaran a cabo una «desnazificación» que pronto quedó en agua de borrajas. Ciertamente que en la zona soviética se hizo más a fondo, conectada con la estatalización de los medios de producción; pero las potencias vencedoras en las cuatro zonas no tuvieron más remedio que, sin hacer demasiadas averiguaciones sobre el pasado, emplear a la gente disponible. Los que habían servido a la vieja Alemania con el mismo afán y la misma lealtad se pusieron a disposición de los nuevos regímenes. La «guerra fría», que empezó a cuajar en la inmediata posguerra, protegió el silencio que mantuvo la generación que hizo la guerra.

En los años cincuenta la restauración de la Alemania que condujo al nazismo, sobre todo en la República Federal, consolidó a los antiguos nazis en la empresa, la política, la justicia y la universidad. Hoy muchos piensan que se acertó con esta política de borrón y cuenta nueva, no se podía perseguir o discriminar a esa inmensa mayoría que fue nazi, o colaboró con un régimen que se confundió con el Estado. Ningún pueblo por razones ideológicas o morales puede deshacerse de sus cuadros

<sup>5</sup> Documento de la exposición especial que sobre la empresa Topf montó el Museo Judío de Berlín en el verano de 2005.

intelectuales, científicos o técnicos. Tampoco Lenin actuó de otra forma al incorporar la oficialidad y la burocracia zaristas al Estado de los *soviets*. En todo caso, aunque en el corto plazo el balance de esta política haya sido positivo, se ha pagado un altísimo precio, al tener que poner sordina a la discusión pública sobre los crímenes nazis, diluir la responsabilidad del pueblo alemán, así como ocultar los antecedentes, pero también las posibles consecuencias de tan trágica experiencia.

### **La reacción del mundo universitario**

Un caso paradigmático del comportamiento de los alemanes en la inmediata posguerra es la reacción del mundo universitario. Dos rasgos lo resumen: se mantiene en sus puestos todo el personal comprometido por su pasado nazi, a la vez que se impone un silencio absoluto sobre lo ocurrido en el ámbito en que cada uno se mueve. Reconstruyeron los edificios a gran velocidad, y se reanudaron las clases en el semestre de invierno 1945-1946, eso sí, con los mismos profesores como si nada hubiera ocurrido. A comienzos de los sesenta, en la Universidad de Colonia, oí decir que el sociólogo René König, que había emigrado durante la dictadura y que no tenía pelos en la lengua al denunciar el pasado nazi de algunos de sus colegas, era judío, única forma de explicar primero el exilio, y luego tan extravagante comportamiento<sup>6</sup>.

El que la «desnazificación» no pasara por las aulas es tanto más de lamentar en cuanto que en 1933 las universidades se distinguieron por la profusión de nazis, tanto entre profesores como estudiantes. Conviene recordar que las quemas de libros, el 10 de mayo de 1933, ante las puertas de las principales universidades, presididas por el rector en compañía del claustro casi al completo, fue una idea surgida en los medios académicos ante la que, en un principio, Goebbels se había mostrado muy receloso. Cumpliendo con su condición de vate, Heinrich Heine lo había anunciado: «Donde se queman libros se acaba quemando también personas». En las universidades, donde el antisemitismo había calado muy hondo, a partir de 1933 la depuración de judíos se llevó a cabo con la máxima diligencia. Fueron expulsados cientos de profesores, una buena parte de ellos entre los más relevantes. La consecuencia fue per-

<sup>6</sup> ¿Cómo podía haberse exiliado si no pertenecía a algún partido de izquierda o no era judío? Al ser evidente que la primera hipótesis no encajaba, no quedaba más que la segunda (König 1984: 122).

der, sin que se haya vuelto a recuperar, la primacía alcanzada a finales del siglo XIX y primeros decenios del XX en los saberes y en las ciencias. Es uno de los costos mayores del nazismo y aquel del que menos se habla.

Con la llegada de Hitler al poder se inicia un rápido declive, en primer lugar intelectual y moral, que hasta hoy ha dejado su huella en todos los ámbitos sociales. La Alemania que en 1945 emerge de las ruinas nada tiene ya que ver con aquella idea del «país de los poetas y pensadores» que se había ido formando a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Pudo restaurarse la estructura social y empresarial, se reconstruyeron las fábricas y los edificios, pero Alemania había perdido definitivamente su superioridad en las ciencias y en los saberes filosóficos y humanísticos, abocada a una crisis moral y de valores que con el paso del tiempo no ha hecho más que aumentar. Que la Alemania de después de la guerra fuese, sin solución de continuidad, la anterior a la catástrofe, únicamente se sustentaba en la aspiración de la República Federal de presentarse como la heredera del *Reich* con todos los derechos y obligaciones. Esta pretensión se derrumba en 1990, al recuperar Alemania la soberanía plena sin tratado de paz alguno, lo que permite reconsiderar en todos sus múltiples aspectos la ruptura total que significaron los doce años de nazismo.

El primer escrito de Habermas que atrajo la atención del mundo académico, es de 1953 —cuando tenía 24 años— y se publicó en la *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, uno de los periódicos de mayor influencia en Alemania. El artículo consiste en un comentario al libro de Martin Heidegger *Introducción a la metafísica*, con la intención política de censurar que el ilustre filósofo no hubiera modificado en 1953 el texto original de 1935, ni siquiera añadiendo una breve explicación al hecho tan llamativo de que, pese a la experiencia histórica vivida, se hubiera atrevido a mantener un elogio del nacionalsocialismo. Heidegger, al criticar la noción de valor y con ella la filosofía de los valores, escribe: «Lo que hoy se ofrece como filosofía cabal del nacionalsocialismo pero que nada tiene que ver *con la verdad y grandeza de este movimiento* (a saber, el encuentro de la técnica, abocada a ser planetaria, con el hombre moderno) [...]» (1953: 152; el subrayado es mío).

El joven Habermas se muestra en extremo respetuoso con el filósofo —considera *Ser y tiempo* el libro más importante de la filosofía alemana desde la *Fenomenología del espíritu*—, pero recaba también el derecho

a la crítica de posiciones teóricas con graves consecuencias políticas, máxime, cuando estima que la alusión elogiosa al nacionalsocialismo no es algo accidental que podría haber suprimido, sino un elemento esencial de un libro en el que Heidegger relaciona la cuestión del ser con la situación histórica de su tiempo. No es sólo que el pensador Heidegger haya sentido simpatía por el nazismo; mucho más grave es que su filosofía esté estrechamente ligada con semejante barbarie<sup>7</sup>. ¿Cómo hacerse cargo de la estrecha conexión existente entre la sutileza supercivilizada de la filosofía heideggeriana con el terror que implica el nazismo?

El nazismo se halla presente en los niveles más profundos del pensamiento de Heidegger que, no lo olvidemos, el joven Habermas considera el filósofo alemán más importante desde Hegel. Tiene que dar que pensar que una cabeza filosófica de tal calibre pueda caer en el primitivismo de mostrar su admiración por el nacionalsocialismo, tanto más, cuando, en rigor, salvo algunas excepciones, como su amigo Carl Schmitt, no hubo en Alemania una intelectualidad fascista digna de mención. Y ello debido en gran parte a la mediocridad de los mandos nazis que repelió a todos los intelectuales de mayor cacumen, empezando por Heidegger, Jünger o Benn, que de muy buen grado hubieran querido aportar su grano de arena. Esta estrecha conexión entre las tradiciones intelectuales alemanas y el nazismo —en la universidad se crea el caldo de cultivo que nutre el virus nazi— sólo se explica si se tiene en cuenta que la ideología nazi, lejos de ser un fenómeno extraño o marginal, hunde sus raíces en lo más específico de la cultura alemana. En realidad, el fascismo alemán —escribe Habermas en la línea del *Doctor Faustus* de Thomas Mann y luego del Lukács de *El asalto a la razón*— brota de una tradición cultural muy alemana, que no porque los dirigentes nazis no la supieran aprovechar fue menos relevante. El joven Habermas pone el dedo en la llaga al señalar el aspecto político más escabroso: la Alemania de la posguerra ha rehuído sistemáticamente hacer explícita la tradición intelectual que desemboca en el nazismo, así como con muy pocas excepciones ha evi-

<sup>7</sup> Un reciente libro de Emmanuel Faye (2005), que se apoya en un estudio exhaustivo de textos inéditos o hace poco publicados de los seminarios de Heidegger entre 1935 y 1949, muestra que la relación del ser (*Sein*) con lo que concretamente es (das *Seiende*) es la del *Führer* con su pueblo, que Heidegger entiende como la unidad de raza y sangre. Según Faye, Heidegger habría elaborado filosóficamente la cosmovisión del nazismo ya desde *Ser y tiempo*.



tado una confrontación directa con los orígenes e influencia posterior de la ideología nazi.

El Habermas recién salido de la adolescencia, al cerciorarse de los crímenes del nazismo, había esperado del pueblo alemán una reacción colectiva altamente moral, pero se topa con el silencio que la restauración ampara en todos los ámbitos sociales. El choque de sus expectativas con el mundo social en el que ha crecido le lleva a distanciarse de una sociedad que nada quiere saber del pasado —y que, por ello, de algún modo niega el futuro—, empeñada tan sólo en saciar el hambre y, una vez que lo consigue en un plazo sorprendentemente corto —el llamado «milagro económico alemán»—, queda amarrada al afán de satisfacer nuevas necesidades materiales. Escepticismo y consumismo marcan así las coordenadas dentro de las cuales se mueve una generación que se distingue por haberse enriquecido a gran velocidad (Habermas 1956: 212-228).

Si el Heidegger del silencio solidario con el pasado nazi —el alemán no dobla la cerviz ante el vencedor— coincide con una buena parte del pueblo alemán, la excepción es su antiguo amigo, el también filósofo Karl Jaspers. Ya lo había sido durante la dictadura, al perder la cátedra de Heidelberg por no divorciarse de su mujer judía. A su vuelta a la universidad en 1945 y exigir, por un lado, una renovación profunda de la institución acorde con la tragedia vivida y, por otro, preguntarse por la culpa que pudiera recaer sobre cada alemán en particular, o sobre el pueblo alemán en general, se sale otra vez de las pautas de la universidad restaurada. *El problema de la culpa* (1946), en el tema que nos ocupa, es el libro más importante de la posguerra. Distingue la culpa penal, que recae en aquellos que hayan cometido crímenes que quepa probar con hechos fehacientes, y que sólo pueden dirimir los tribunales; la culpa política que atañe a los gobernantes, pero también en buena parte al pueblo que los ha tolerado, que han de apreciar las potencias vencedoras; la culpa moral, que cada uno tiene que despejar ante su propia conciencia; y, en fin, la culpa metafísica que se amplía a todo lo injusto sobre la tierra, de la que Dios es el único juez supremo. La culpa, sea penal, política o moral, concierne tan sólo a individuos, nunca a un pueblo en su conjunto. No existe una culpa colectiva que, como el pecado original, se traslade de una generación a otra, pero sí una responsabilidad de todos que se asienta en la conciencia de cada uno de los ciudadanos. Con la negación de una culpa colectiva y la distinción entre culpa y responsa-

bilidad, Jaspers deja bien sentados los conceptos básicos, con los que ha operado Alemania desde entonces.

No habrá que insistir en que el discurso de Jaspers, máxime cuando pretende iniciar una nueva fase en la universidad y en la vida espiritual de Alemania, no encaja en absoluto en el ambiente de aquellos años. Asqueado, acepta en 1946 un llamamiento de la Universidad de Basilea. Cuando veinte años más tarde ocurre lo que al terminar la guerra hubiera sido impensable y un viejo nazi, Kurt Georg Kiesinger, es elegido canciller de la República Federal, Jaspers y su esposa renuncian a la nacionalidad alemana<sup>8</sup>. Dada una divergencia creciente, a nadie le extrañará que la crítica que Jaspers hace en estos años a la evolución política de la República Federal apenas haya calado en Alemania.

Quedamos en que existe, no una culpa colectiva, sino tan sólo una responsabilidad del pueblo alemán. Sobre esta base, en los años cincuenta, la República Federal de Alemania paga las indemnizaciones –*Wiedergutmachung* se dice en alemán, algo así «como devolver el bien arrebatado», una expresión que alude a algo tan inalcanzable como «la superación del pasado»– en primer lugar y sobre todo al pueblo judío y al Estado de Israel. La «guerra fría» impide que estas reparaciones lleguen a otros pueblos, como el ruso y el polaco, que asimismo sufrieron una política de exterminio. Los gitanos, pese a que fueron aniquilados casi en la misma proporción que los judíos, tuvieron más difícil conseguir las indemnizaciones. Al final, el responsable legal de tantos genocidios ha sido el Estado alemán, representado por la República Federal de Alemania que, como he dicho, se considera la continuadora, con todos los derechos y obligaciones, del *Reich* desaparecido.

### La generación de los hijos

A mitad de los sesenta, la generación nacida en la guerra, o poco después, rechaza la hipocresía de los padres que han evitado encararse con el nazismo, a la vez que desenmascara la potencia que los ha amparado, y ahora en nombre de la libertad y la democracia ataca a un pueblo indefenso que lucha por su independencia (Vietnam) o protege a un

---

<sup>8</sup> Entre los indignados porque un ex nazi sea elegido canciller se encuentra Günter Grass, representante cabal de la generación de los hijos. Véase la carta abierta que el 30 de noviembre de 1966 dirige a Kurt Georg Kiesinger (Grass 2004: 202-203).

dictador como el Sha de Persia. Dos decenios después de terminada la guerra, con la revuelta estudiantil de 1967-1968, se produce la ruptura generacional con el pasado nazi. El alejarse críticamente de los padres y de su protector les lleva a plantear de nuevo el tema tan peliagudo de las causas del nazismo. Para domeñar el pasado, la cuestión clave es identificar a las fuerzas sociales que lo alzaron al poder. La respuesta del movimiento estudiantil recoge la que había ya propuesto la izquierda marxista en los años treinta y repite Horkheimer a su regreso del exilio: «El que no quiera mencionar el capitalismo, que calle también sobre el fascismo». Ante el avance del movimiento obrero y la cercanía de una revolución proletaria, el fascismo es la forma que adopta un capitalismo a la defensiva. El objetivo principal es acabar con la amenaza obrera, a la vez que un rearme acelerado favorece el rápido enriquecimiento de los «capitalistas monopolistas». Los hijos de los que colaboraron con el nazismo han encontrado por fin en el capitalismo la causa última del nazismo. Superar el fascismo significaría, ni más ni menos, que superar el capitalismo, pero también las formas degeneradas del «colectivismo burocrático» del bloque soviético. En una Alemania dividida no se podía ignorar lo que ocurría al otro lado del muro.

Tomando como base esta misma argumentación —el capitalismo, en determinadas condiciones, origina el fascismo— la Alemania Oriental, que había suprimido el capitalismo, se consideraba a sí misma el baluarte seguro del antifascismo, mientras que la Alemania Occidental, en manos del «capitalismo monopolista», continuaría siendo fascista. La paradoja que tenía que digerir el movimiento estudiantil anticapitalista era que la Alemania que se enorgullece de su antifascismo, lamentablemente mostraba no pocos puntos de contacto con el fascismo, algunos tan llamativos como la dictadura del partido único, la existencia de una ideología oficial indiscutible o de aparatos policiales represivos. El movimiento estudiantil enarbolaba la bandera del anticapitalismo, pero a la vez tenía que marcar, sin conseguirlo siempre, la línea divisoria con el «socialismo real». Y las cosas se complican, porque la autodefinición anticapitalista, vinculada a la apelación a la violencia, les acerca al modelo soviético. Expulsar de clase a los profesores que se oponen a los argumentos «revolucionarios», quemar periódicos que mienten sistemáticamente, promocionar tan sólo a los que piensan de la misma forma, todo ello lleva al líder teórico de la izquierda intelectual, Jürgen Habermas, a condenar los métodos de estos jóvenes revolucionarios

que recordaban demasiado a los del fascismo. Los bandos en liza se acusaron mutuamente de fascistas, hasta el punto de que el concepto pierde contenido y se convierte en un insulto que se lanzan los unos a los otros.

### **La generación de los nietos**

Después de que el movimiento estudiantil se hubiese disuelto en mil pequeñas sectas para que al final una pequeñísima se descarriara en el terrorismo, en los años ochenta surge una nueva generación, la de los nietos, obsesionada por ganar dinero y disfrutar de la vida: si se quiere, un repliegue a un conservadurismo que trajo consigo un mayor distanciamiento del pasado nazi que quedaba ya muy lejos. El que hubiera desaparecido la agresividad que los hijos mostraron con la generación de la guerra, paradójicamente facilitó hasta cierto punto un tratamiento más objetivo del pasado. En este ambiente se va abriendo paso una nueva interpretación de la derrota, que deja de tildarse de catástrofe, desplome, hundimiento, para calificarse por fin de liberación.

Desde sus orígenes, la República Democrática Alemana celebraba el 8 de mayo el día en que la Unión Soviética había liberado al pueblo alemán del fascismo; en cambio, en la República Federal transcurría con un silencio embarazoso. Tal vez el 8 de mayo de 1985, cuarenta años después de la derrota, marque el hito de una nueva relación de la Alemania Federal con el pasado. El presidente Richard von Weizsäcker, en un discurso ante el Parlamento, manifiesta que en esta fecha se conmemora la liberación del pueblo alemán, algo que hasta entonces nadie desde el Gobierno se había atrevido a decir. Theodor Heuss, antes de ser elegido primer presidente de la República Federal, en un discurso ante el Consejo Parlamentario, la institución que había redactado la Ley Fundamental del nuevo Estado, ya había afirmado que el 8 de mayo de 1945 representa «la paradoja más trágica y más discutible» de la historia de Alemania, por cuanto «hemos sido salvados (*erlöst*) a la vez que destruidos (*vernichtet*)». Pues bien, a partir de 1990, en una Alemania unida se celebra el 8 de mayo como el día de la liberación, tal vez el único símbolo proveniente de la Alemania del este que haya sobrevivido. Se han quedado en una minoría insignificante los ultranacionalistas que siguen considerando este día el más negro de la historia alemana. La mayor parte de los alemanes, a la vez que asume la responsabilidad

por lo ocurrido, agradece hoy a los aliados el que los hubiera liberado del fascismo.

En una Alemania libre y unificada que ha recuperado la soberanía plena tenía que surgir una nueva reflexión sobre el pasado nazi, menos emocional y más objetiva. Pero en cuanto intenta hacerse cargo de la historia, resulta ya muy difícil mantener los tabúes que han dominado el último medio siglo. En las condiciones de la «guerra fría», instalado cada Estado alemán en un bando, resultaba imposible mencionar los crímenes de las potencias victoriosas. En Alemania occidental no se podía recordar la destrucción de Dresde, y de otras grandes ciudades, por los bombardeos angloamericanos; en la oriental, las violaciones masivas de los rusos al tomar Berlín; y en las dos no cabía criticar la expulsión de varios millones de alemanes de los territorios que Polonia y Rusia se anexionaron. La «limpieza étnica» que aplicaron serbios y croatas en la guerra civil de Yugoslavia, los aliados la practicaron a gran escala en los territorios arrancados a Alemania. Su reivindicación se había mantenido un tanto artificialmente en las asociaciones de expulsados (*Vertriebene*) de la Alemania occidental, a la espera de un tratado de paz que nunca habría de llegar. Si se ha logrado la unificación de Alemania ha sido por haber garantizado, especialmente a Polonia, las fronteras establecidas después de la Segunda Guerra Mundial. La «superación del pasado» ha exigido reconocer, por un lado, la responsabilidad alemana por los crímenes nazis, aceptando plenamente por otro, las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial para el mapa político de Europa.

### **¿Responsabilidad exclusiva de los alemanes o de todos los europeos?**

La historia, en gran parte fallida, de la «superación del pasado» hay que conectarla con el hecho tan fundamental como ampliamente conocido, que, sin embargo, pocas veces se menciona, de que la mayor parte de los alemanes se entusiasmaron con Hitler, y no sólo a partir de 1938, cuando se había evaporado un paro que en 1932 había alcanzado el 30% de la población activa y se había conseguido el vaciamiento del Tratado de Versalles con la militarización de Renania en 1936, la vuelta del servicio militar obligatorio y una carrera armamentística desenfrenada. Entre los logros de aquellos años está, además, el haber reunido los territorios alemanes dispersos, integrando en el *Reich* a Austria y, gracias

al Acuerdo de Múnich, la parte de Checoslovaquia predominantemente alemana. El biógrafo de Hitler, Joachim Fest, ha llegado a escribir: «Si Hitler a finales de 1938 hubiera sido víctima de un atentado, pocos se resistirían a llamarle uno de los más grandes estadistas de Alemania, tal vez el realizador pleno de su historia» (1973: 25)<sup>9</sup>.

Larga es la lista de factores que cabe sacar a colación para explicar la crisis de la República de Weimar y el ascenso de Hitler, ambos fenómenos interdependientes. Sin la crisis continuada de la democracia de Weimar, nunca hubiera llegado al poder una figura tan marginal como Hitler. Se han enumerado como factores decisivos la caída del káiser, la leyenda de la «puñalada en la espalda» como explicación de haber perdido la guerra, el fracaso de la ulterior revolución socialista, el «dictado de Versalles», una superinflación que proletariza a amplios sectores de las clases medias, en suma, el que se estableciese una república sin republicanos, con una oposición creciente de extrema derecha y de extrema izquierda. Pese a tantos elementos negativos, la democracia hubiera tal vez sobrevivido —en 1925 el futuro parecía mucho más despejado— si la gran depresión de 1929-1930 no la hubiera llevado al límite, y aun así fueron motivos muy contingentes, como siempre ocurre en la historia, los que al final resultaron decisivos. En todo caso, si se comparan las experiencias vividas en los quince años de democracia con los éxitos indiscutibles de Hitler hasta finales de 1938, se comprende muy bien que más del 90% de la población apoyase el nuevo régimen.

Esta comprensión, sin embargo, merma mucho si en la balanza ponemos la otra cara de aquellos años triunfales: se habían abolido los partidos políticos, a la gente de izquierda la habían internado en campos de concentración, se habían suprimido los sindicatos libres, derruidas las instituciones democráticas, implantado la dictadura del partido único y, *last but not least*, se había dado rienda suelta a una discriminación persecutoria de los judíos, expulsándolos de las universidades, de las profesiones liberales, del aparato del Estado. El alemán medio, contento con un mejor nivel de vida y satisfechas sus ambiciones nacionales, se

<sup>9</sup> Sebastian Haffner recalca que a Hitler se le puede llamar de todo, un gran estratega político, un enorme demagogo o el mayor asesino de masas que haya conocido la historia, pero en ningún caso un estadista. Empezó desmontando el Estado alemán para gobernar según su omnimoda voluntad sin restricción alguna, y desencadenó y llevó adelante una guerra contra los intereses más elementales de Alemania, con el único afán de satisfacer sus visiones y designios personales (1978: 55-56).

refugia en la privacidad de la familia, profesión y amigos, admirando al gran genio que en pocos años ha transformado el país por completo, pero cerrando los ojos ante la brutalidad del nuevo régimen. La cuestión desgarradora, que incluso hoy raras veces se formula, es qué ha fallado para que un pueblo que estaba a la cabeza de nuestra civilización aceptara sin más la otra cara tan tenebrosa del nuevo régimen.

Ya en marzo de 1933 se establecieron los primeros campos de concentración para encerrar a los más de 25.000 comunistas, socialdemócratas y sindicalistas detenidos a raíz del incendio del *Reichstag*. Desde entonces el número de campos, sobre todo una vez empezada la guerra, aumentó a gran velocidad hasta llegar a contarse más de diez mil, la mitad de ellos en Polonia. Si tenemos en cuenta la cifra enorme de personal que se necesita para vigilarlos y administrarlos, y se calcula la distancia máxima que habría entre algún campo y la ciudad más próxima, es imposible suponer que la población no tuviera noticia de la existencia de esta otra sociedad esclavizada. Por duro que hoy resulte, no cabe otro remedio que admitir que los alemanes pensaron que orden y bienestar tendrían sus exigencias y de alguna forma aprobaron este enorme sistema carcelario.

El 1 de septiembre de 1939, pese al riesgo de que Francia y el Reino Unido declarasen la guerra, en virtud de los acuerdos firmados poco antes, la Alemania nazi invade Polonia. Una guerra que nadie quería en Europa, tampoco el pueblo alemán, pero que Hitler había buscado con avidez. Esta vez no existe nada del entusiasmo bélico que compartieron todos los países beligerantes en aquel fatídico agosto de 1914, fecha que marca el comienzo, no sólo de la tragedia alemana, sino de la europea. Los éxitos militares hasta 1941, que pusieron a Europa a los pies de Alemania, despejaron dudas y ansiedades, ratificando el mensaje oficial sobre la genialidad providencial del *Führer*. Los alemanes marcharon a la guerra seguros de la victoria y, a pesar de que en los últimos nueve meses la destrucción de las ciudades y el número de víctimas civiles fueron mayores que en los cinco años anteriores, salvo raras excepciones, hasta el último momento el amor a la patria se confundió con la adhesión al régimen. Fueron los alemanes los que identificaron nazismo y Alemania, el *Führer* y la patria, asociación que luego ha costado tanto desarticular, cierto que mucho menos en Alemania que entre los pueblos que sufrieron sus atrocidades. Pese a que, desde 1942, la derrota era previsible y, desde 1943, segura, la mayor parte del pueblo alemán creyó en

la propaganda, ya fuese en la bomba maravillosa que traería la victoria en el último minuto, ya en las crueldades que sufrirían si los rusos lograban entrar en Berlín, esto último mucho más verosímil, teniendo en cuenta las barbaridades que los alemanes cometieron en Rusia.

Empeñado a toda costa en realizar sus planes de conquista y dominación mundial, en una edad en que todavía fuese capaz de desplegar las que él creía sus dotes excepcionales, Hitler prosiguió su política de expansión agresiva hasta que estalló la guerra, única vía que consideraba para alcanzar sus designios. La idea que Hitler tenía de sí mismo incluso sobrepasaba a la que ofrecía la propaganda oficial. Caso único de soberbia que queda de manifiesto en el afán de que el tiempo de la historia se doblase al de su biografía. Aunque, en último término, los alemanes fueran los responsables de que Hitler llegara al poder –pese a que es difícil calibrar la responsabilidad histórica de un pueblo– no me cabe la menor duda de que, según avance el proceso de integración europea y se logre una perspectiva histórica común que rebase las visiones de los Estados nacionales, quedará patente la parte de responsabilidad que en el ascenso del nazismo tuvieron los vencedores de la Primera Guerra Mundial.

Sobre el tratado impuesto de Versalles y sus consecuencias, ya dijo Keynes en 1919 lo pertinente. Son más importantes los malentendidos que se han acumulado sobre la política de apaciguamiento. El Reino Unido con muy buenas razones pensó que le convenía mantener la paz a todo trance, llegando a practicar una clara política de cooperación con Hitler, como por ejemplo en la Guerra Civil de España, en que si no apoyó abiertamente a Franco como lo hizo Alemania, sí subrepticiamente con la política de no injerencia que perjudicaba sobre todo a la España republicana. Aunque en nuestros días prevalece una opinión adversa a la política británica de pacificación, llegando incluso a servir de contramodelo para defender las guerras preventivas, los británicos actuaron de manera coherente con sus intereses, al apostar por la paz en un momento en que no estaban preparados para la guerra<sup>10</sup>, como bien

---

<sup>10</sup> La situación económica de Gran Bretaña en 1933, con un 12,9% de desempleo, no permitía dedicar más dinero al rearme; el Imperio en el Mediterráneo y en la India se tambaleaba, a la vez que los dominios no mostraban la menor disposición a intervenir en una guerra en Europa, cuando, además, la política anticomunista que Alemania practicaba en el interior parecía alejar la amenaza de una Europa marxista.



quedó de manifiesto al comienzo de las hostilidades en 1939. El sentido común británico dictaba que las concesiones territoriales amansarían a un Hitler que, por lo demás, sólo tenía la palabra paz en la boca. El único enfrentamiento bélico que se divisaba en el horizonte era entre Alemania y la Unión Soviética, dos sistemas totalitarios que se mostraban enemigos irreconciliables. Ante esta eventualidad la política británica tenía que ser de entendimiento con Alemania. Sólo cuando no respeta lo acordado en Múnich y se anexiona toda la República Checoslovaca, que convierte en un protectorado, Hitler se revela en toda su peligrosidad, principalmente cuando, en agosto de 1939, firma un acuerdo con la Unión Soviética, el pacto Ribbentrop-Molotov, por el que ambas partes se comprometen a no atacarse, repartiéndose sus respectivas zonas de influencia: Rusia se quedaría con los Estados bálticos y Alemania con gran parte de Polonia.

En 1945, tenía yo nueve años y recuerdo la admiración que algunos tíos, no mi padre que era aliadófilo, sentían por Hitler y los alemanes. Después he sabido que algunas de las personas que en mi juventud fueron mis tutores intelectuales, y que siempre he respetado, en aquellos años eran germanófilos fervientes. Dar cuenta de aquella admiración por el régimen nazi no es una cuestión que concierna tan sólo a los alemanes, sino a los europeos en su conjunto. Fueron muchos, también en Francia y en el Reino Unido<sup>11</sup>, los que no ocultaron su admiración por Hitler, o cuando menos, su comprensión por la Alemania nazi. Nos acercaremos a una mayor objetivización del pasado cuando éste deje de ser una cuestión exclusivamente alemana y la formulemos, como realmente fue, un asunto europeo. El antisemitismo, el racismo y el fascismo son productos de nuestra común cultura cristiana y civilización capitalista científico-técnica, en ningún caso, una particularidad exclusiva de Alemania, aunque por una serie de circunstancias en este país ascendiese al poder el antisemitismo más fanático. En consecuencia, «superar el pasado» es una tarea de todos los europeos que sólo se habrá cumplido cuando no descarguemos todas las responsabilidades sobre Alemania, sino cuando los demás asumamos también las que nos corresponden.

<sup>11</sup> Kershaw (2005). Sobre el fascismo inglés, véase el capítulo 11 de Sarkisyanz (1997).

## La polémica de los historiadores

Estas consideraciones nos llevan a la segunda interpretación que para dar cuenta del fracaso de la «superación del pasado» mencioné al principio. ¿Hasta qué punto un pasado que incluye el asesinato de millones de personas en los campos de exterminio no constituye algo único, sin precedentes ni posibles imitadores en el futuro, una singularidad irrepetible que lo convierte, por esto mismo, en insuperable? Alemania arrastrará para siempre la responsabilidad histórica de los genocidios cometidos. La construcción en el centro de Berlín de un monumento a las víctimas del Holocausto quiere dejar memoria material sempiterna de esta responsabilidad asumida.

Justamente, la tesis de la excepcionalidad absoluta del Holocausto desencadena en los años ochenta la llamada «polémica de los historiadores» (*Historikerstreit*) en la que Habermas intervino con especial ímpetu. Lo más sorprendente de esta reacción es la continuidad que, treinta años más tarde, muestra en su estructura argumental con su primer escrito sobre Heidegger: el nacionalsocialismo habría que instalarlo en una tradición específicamente alemana que si, por una parte, resulta irrenunciable al configurar la identidad de cada alemán, por otra, no cabe asimilarla con dignidad, si previamente no se ha expresado la solidaridad con las víctimas y se ha aceptado la responsabilidad por los crímenes que esta tradición ha facilitado. Escribe Habermas: «Con aquellas relaciones vitales que hicieron a Auschwitz posible, está nuestra propia vida conectada, no por circunstancias contingentes, sino *innerlich*<sup>12</sup> [...] ¿Cabe continuar las tradiciones de la cultura alemana, sin asumir la responsabilidad histórica para aquella forma de vida en la que Auschwitz fue posible?» (1987: 247 y 251). La identidad de cada alemán depende de que mantenga vivo el sentido de responsabilidad por el pasado nazi, lo que a su vez exige conservar la conciencia de su singularidad. Pese a los grandes cambios que ha experimentado en su comprensión de la filosofía y de la política, en el enjuiciamiento del nazismo Habermas se mantiene fiel a las premisas de su juventud. Como si constituyera una marca generacional, sigue distanciándose de una sociedad no dispuesta a asumir la responsabilidad que le corresponde por

<sup>12</sup> He preferido dejar la palabra en alemán, porque cualquier traducción, «en el interior», «en lo más sagrado de la intimidad», «en lo más propio de uno», me parece demasiado patética o insustancial.

los crímenes del nazismo. Medio siglo más tarde la confrontación crítica con el nazismo —en la antigua RFA falló de una forma, en la antigua RDA, de otra— continúa siendo una tarea pendiente, de cuyos costos, por no haberla llevado hasta el final, empiezan a ser conscientes los alemanes más sensibles. Habermas inaugura su pensamiento político con una denuncia de las raíces culturales del nazismo y en este combate está todavía empeñado.

La política racista del nacionalsocialismo, que culminó en un genocidio de inconmensurables dimensiones, habría sido un fenómeno único, sin parangón posible en la historia. Ernst Nolte (1987<sup>a</sup>) es, sin duda, el historiador que mejor ha criticado esta tesis, poniendo en marcha lo que se ha dado en llamar el «revisionismo histórico». Declarar el pasado insuperable, es decir, fijarlo de una manera definitiva, supone eliminar la complejidad que tiene todo pasado y congelarlo, ya definitivamente, en un negro-blanco que rechaza todos los grises. Nolte ha insistido en que el Holocausto del pueblo judío en los años cuarenta tendría su precedente inmediato en la eliminación de los «kulaks» que lleva a cabo Stalin en los treinta, aunque cabría citar otros antecedentes, como el genocidio de los armenios que los turcos llevaron a cabo en 1920. «¿Acaso el archipiélago Gulag no fue anterior a Auschwitz? ¿No fueron los “asesinatos de clase de los bolcheviques” el antecedente lógico y fáctico de los “asesinatos racistas” de los nacionalsocialistas?» (Nolte 1987<sup>b</sup>: 45). Nolte define el fascismo como una reacción al bolchevismo, del que habría aprendido las técnicas totalitarias de control y de represión social.

La barbarie del siglo xx, con el grado de inhumanidad y violencia alcanzado, tendría una larga prehistoria en la Europa cristiana y sus precursores en la Europa revolucionaria y contrarrevolucionaria, de modo que ya sería hora de entender el nacionalsocialismo en su contexto histórico, y no como un fenómeno aislado y particular. Desmitificar el nazismo, sacándolo de la ficción para reintegrarlo en la historia, no debe implicar en modo alguno librarlo de culpas, sino simplemente depurarlo de la leyenda —positiva, para una minoría exigua, pero en aumento; negativa, para la conciencia oficial de la Europa de la posguerra— para instalarlo donde corresponda, siempre que sea en la historia.

Reintroducir los años terribles del nazismo, no sólo en la historia de Alemania, sino en la europea, es una operación tan urgente como inabordable. La dimensión inconmensurable del genocidio del pueblo judío rompe todos los esquemas interpretativos, sin que quepa explica-

ción posible. Por larga que sea la lista de factores económicos, sociales, culturales, históricos, políticos a los que se acuda, no cabe dar razón de un delirio colectivo tan criminal que alcanza casi a la totalidad de un pueblo que en el mejor de los casos asistió pasivo al exterminio de millones de personas. Lo más difícil de entender es el silencio oficial de las dos iglesias, la protestante y la católica, con pocas excepciones. Ciertamente, en ambas algunos se opusieron hasta sacrificar la propia vida, pero los más compartieron o por lo menos toleraron el antisemitismo exterminador. Pero por mucho que sean inconcebibles, tamaños crímenes han ocurrido en la historia y pertenecen a lo humano. No sólo nada que es humano puede serme ajeno, sino que lo que una vez han hecho los hombres pueden repetirlo. Lo peor de convertir el nazismo en algo singular, sin antecedentes ni consecuentes, sacándolo de la historia, es que oculta el riesgo de una reincidencia.

## Bibliografía

- ARMIN, Gabriele von (1989): *Das große Schweigen. Von der Schwierigkeit, mit den Schatten der Vergangenheit zu leben*. München: Kindler.
- FAYE, Emmanuel (2005): *Heidegger, l'introduction du nazisme dans la philosophie. Autour des séminaires inédits de 1933-1935*. Paris: Albin Michel.
- FEST, Joachim C. (1973): *Hitler. Eine Biographie*. Berlin: Ullstein.
- GRASS, Günter (2004): *Artículos y opiniones (1955-1971)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- HABERMAS, Jürgen (1953): «Mit Heidegger gegen Heidegger denken. Zur Veröffentlichung von Vorlesungen aus dem Jahre 1935», en: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 25 de julio. [Reeditado en *Philosophisch-politische Profile*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1971, pp. 67-75.]
- (1956): «Notizen zum Mißverhältnis von Kultur und Konsum», en: *Merkur*, pp. 212-228.
- (1987): «Vom öffentlichen Gebrauch der Historie», en: *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*. München: Piper, pp. 247-251.
- HAFFNER, Sebastian (1978): *Anmerkungen zu Hitler*. München: Kindler.
- HEIDEGGER, Martin (1953): *Einführung in die Metaphysik*. Tübingen: Niemeyer.
- JASPERS, Karl (1946): *Die Schuldfrage*. Heidelberg: Schneider.
- KERSHAW, Ian (2005): *Hitlers Freunde in England. Lord Londonderry und der Weg in den Krieg*. München: DVA.
- KEYNES, John Maynard (1919): *The Economic Consequences of the Peace*. London: Macmillan.
- KÖNIG, René (1984): *Leben im Widerspruch. Versuch einer intellektuellen Autobiographie*. Berlin: Ullstein.

- MEINECKE, Friedrich (1946): *Die deutsche Katastrophe. Betrachtungen und Erinnerungen*. Wiesbaden: Brockhaus.
- NOLTE, Ernst (1987<sup>a</sup>): *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945, Nationalsozialismus und Bolschewismus*. Frankfurt am Main/Berlin: Propyläen.
- (1987<sup>b</sup>): «Vergangenheit, die nicht vergehen will. Eine Rede, die geschrieben, aber nicht gehalten werden konnte», en: *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*. München: Piper, pp. 39-47.
- SARKISYANZ, Manuel (1997): *Hitlers englische Vorbilder. Vom britischen zum ostmärkisch-bajuwarischen Herrenmenschentum. Vorlesungen gehalten an der Heidelberger Universität*. Heidelberg: Scholl.
- SPENDER, Stephen (1946): *European Witness*. London: Hamish Hamilton.